

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Profesión marginal

México es un país con escasos científicos. Es lugar común afirmar que buena parte del desarrollo de una sociedad se debe a los recursos científicos con que cuenta. En el caso nuestro, éstos son escasos. Aun con los importantes esfuerzos que se han hecho, estamos muy lejos de lo que se requiere en materia de inversión científica. El Gobierno encabezado por Vicente Fox ha declarado su intención de destinar recursos crecientes al desarrollo científico. Se propone que para finales del año 2002, el gasto en ciencia y tecnología alcance el 0.5% del Producto Interno Bruto y que al finalizar el sexenio lleguemos al 1%. Aun lográndose estas metas estaríamos muy lejos de lo requerido para acercarnos a los estándares internacionales recomendados y, sobre todo, para encarar los retos del crecimiento nacional.

La profesión del científico no es nada fácil. Quienes deciden dedicarse a investigadores tienen que obtener las credenciales exigidas. Una vez concluida la licenciatura, se deberá cursar una maestría que, por lo general, consiste en dos años de estudios y la elaboración de una tesis. Posteriormente se ingresa a un doctorado que normalmente toma entre dos y tres años de cursos y, posteriormente, el desarrollo de la tesis que, si todo va bien, significará otros tres años de trabajo. El mercado laboral para los científicos se encuentra deprimido. Las plazas en los centros de investigación y en las universidades no crecen al ritmo de la oferta de nuevos doctores. Resulta lamentable que un país con grandes necesidades de recursos humanos de alto nivel no cuente con una oferta laboral adecuada. O bien que los salarios destinados al pago de profesores-investigadores no hayan crecido significativamente en los últimos años. Muchos de los nuevos doctores deciden dedicarse a otras actividades antes que a la investigación científica o tecnológica o se quedan a residir en el extranjero.

Ante la crisis de los años 80, el Gobierno mexicano creó el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), dependiente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Concebido como una solución temporal ante el deterioro salarial de la comunidad científica y para evitar la fuga de cerebros, el SNI lanzó su primera convocatoria en 1984. Desde entonces los requisitos para ingresar al sistema son cada vez más estrictos. Si al inicio se podía ingresar a la categoría más baja contando con la pasantía de maestría, hoy se requiere el doctorado. Cada vez hay más aspirantes pero menos plazas. Lo que fue una medida coyuntural, mientras se recuperaban los salarios, ha terminado en un recurso imprescindible para los investigadores. La membresía del SNI resulta francamente restringida. Para el año 2001, sólo había 8 mil 62 miembros. Respecto al año 2000, cuando se tuvo 7 mil 466, representa un incremento del 8%. Sin embargo, comparado con los 100 millones de habitantes de este país, resulta que quienes nos dedicamos a los quehaceres de la investigación y pertenecemos al SNI, no tenemos una representación mínimamente significativa.

Otro problema se deriva de la percepción social de la profesión académica. El estereotipo de los años 60 pervivió durante mucho tiempo. El científico era una persona "rara", que perdía el sentido de la realidad y se la pasaba haciendo experimentos, generalmente con probetas que despedían humo. El científico social se asociaba al tipo excéntrico que se la pasaba leyendo y mal vestido, con cara y figura de "nerd". Pero para el grueso de la sociedad pasaba inadvertido. Hoy todavía es difícil contestar a la pregunta de cuál es nuestra profesión. Si uno responde: "Investigador", la cara de extrañeza no se hace esperar. Hemos solucionado el dilema contestando: "Profesor universitario". Todavía recuerdo que alguna de las amigas de mi madre se mostraba preocupada porque yo me dedicaba a una "actividad tan riesgosa", pues investigador le sonaba a detective privado. El problema era mayor si uno se dedicaba a la ciencia viviendo en la provincia; como buen país centralista, quienes ejercían de científicos en el Distrito Federal tenían a su favor la amplia masa de colegas que vivían en la capital y cuya profesión era relativamente mejor conocida. Fuera del Centro nos ha tocado "sembrar en el desierto". Construir nuestra profesión sin grandes recursos materiales y más con voluntad y vocación. Hemos visto avances, pero falta mucho camino por recorrer.